

nes a la música, al teatro, a sus amigos y contemporáneos, a diversas imágenes de su propio yo.

Las reflexiones de Zgustova —que nos muestran otra cara del mito— parten de una visita a la casa-museo de Ajmátova, en Petersburgo, donde la poeta vivió entre 1922 y 1952. En realidad, se trataba de la vivienda de Nikolái Punin, inicialmente su amante y luego su tercer marido, que la pareja compartía con la ex esposa de Punin y sus hijos. La miseria económica la obligó a prolongar la convivencia tras el divorcio. Zgustova evoca la vida de Anna, como si tratara de verla con los ojos de la poeta: la miseria material, el sufrimiento amoroso, el dolor de madre, sus pesadillas, el padecimiento cívico. Pero también la fuerza creadora, la voz que no se deja silenciar: «Lo más amargo llega entonces: /aquel pasado, lo sabemos, no tiene ya lugar entre los límites de nuestra vida».

Sobre Tsvetáieva, García Valdés dice que «fue ante todo poeta, hasta el punto de que sus relaciones amorosas a veces parecen casi pretexto para encender la hoguera de la pasión, del padecer, y de la escritura.» Sus palabras reflejan con lucidez la vivencia de la pasión como alienación del sujeto en el objeto amado, como experiencia de fusión con el otro y de

pérdida de sí misma, como triunfo, en definitiva, de la pulsión de muerte: «Quiero anularme en ti, es decir quiero ser tú. Pero tú ya no existes en ti, ya estás completamente en mí. Me pierdo en mi propio pecho (en ti). (...) Yo no estoy en ninguna parte.» Este carácter pasional y absorbente seguramente contribuía a ahuyentar a los objetos de su amor, y le procuraba no pocas dificultades en la vida cotidiana: ebria de los mitos que ella misma construía, le costaba escuchar a los otros, que se convertían así en meros soporíferos de sus fantasías: «Lo que es para el ojo el arco iris, / lo que es la tierra para el trigo,/es para alguien la necesidad/de otro, en sí mismo». La mayor parte de su obra se vincula con su vida amorosa, real o imaginaria, convirtiendo al lenguaje poético en soporte simbólico del deseo: «El amor vive en las palabras y muere en las acciones; al menos, el amor de los poetas», escribe.

Como hiciera con Ajmátova, Zgustova evoca la figura de esta poeta a partir de uno de los lugares en que ha vivido: la montaña de Smíchov en Praga, donde Marina pasó el otoño y el invierno de 1923-24, y vivió la relación que motivó la escritura del *Poema de la montaña* y del *Poema del fin*. Y va espigando momentos de la vida de la otra: la paradoja de

su refugio en la soledad y la búsqueda del amor, a través de relaciones físicas o epistolares, con hombres y mujeres. La atracción por Serguéi Efrón, de origen judío: «en el repudio a los judíos, como se desprende de unos versos del *Poema del fin*, veía el destino de los poetas»: «Terraplén, foso —¿gueto de élites?—./Sin piedad. Si es éste/ un mundo cristiano,/ los poetas somos judíos».

Silvia Tubert

Sexenio y restauración

Algunas veces, las conmemoraciones arrojan un saldo positivo en la historiografía. Tal fue, ha casi medio siglo ya, el feliz caso del primer centenario de la Gloriosa. La excelente cosecha de títulos que, globalmente, se entrojó en los graneros bibliográficos permitió dar la mayoría de edad y, con ella, la de la emancipación, a un período —el ciclo de la Septembrina— durante largo tiempo desdibujado como simple antesala del fermento más profundamente renovador de la Restauración el sagastino— cuando no se consideraba como el obligado epílogo de una época calamitosa. Los estudios en ver-

dad, no muy numerosos pero sí, en conjunto, sumamente acuciosos, pese a la honda carga política que, consciente o subliminalmente, les acompañó y, en buena medida, les inspiró— de personalidades por aquel entonces en la posesión de sus mejores cualidades junto con los de otras en ciernes o en cercanías a la seronda madurez otorgaron al Sexenio democrático —denominación que, intencional y apropiadamente lograron imponer para sí inclusión en manuales y tratados— un *status* específico y también privilegiado en la historiografía de la contemporaneidad española. En la nueva reivindicación del proceso revolucionario abierto en el otoño de 1868 con el destronamiento de Isabel II, se observaría un importante cambio de enfoque respecto de la exaltación hecha por los más encendidos interpretes de la primera fase democrática de nuestra evolución más reciente. Mientras que, en líneas generales, los cantores y panegiristas de la «Gloriosa» la estimaban como la coronación del pensamiento doceañista que actualizara y completara un legado nunca enteramente aplicado ni asumido por la sociedad española, una centuria más tarde se veía predominantemente a la luz auroral, como el arranque de la muy lenta pero reversible democratización de la vida española.

En este curso continúa alineándose la gran mayoría de las obras publicadas en las fechas recientes o últimas acerca de problemas y cuestiones que encuentran en la etapa de la «Septembrina» bien su origen o una coyuntura determinante de su trayectoria. Tal ocurre, por ejemplo, con el libro de una notoria especialista en historia social –Valentina Fernández Vargas: *Sangre o dinero. El mito del Ejército nacional*. Madrid, Alianza Editorial, 2005, (285 páginas)– en que se intenta reconstruir los principales lineamientos de uno de los temas que mayor controversia suscitaría a lo largo de las dos últimas centurias. Sin ningún género de duda fue la polémica nacida en torno al reclutamiento de las fuerzas armadas la de mayor impacto en la opinión pública conformada por las clases verdaderamente populares y la de superior atracción, por tanto, sobre los publicistas interesados en su orientación o tutela. En una etapa declaradamente pacifista –la primera de este género en la historia española–, el comienzo del conflicto armado en la Gran Antilla –casi simultáneo con el triunfo del pronunciamiento contra la monarquía isabelina– significó un torcedor de la mayor magnitud, dando alas a debates acalorados en las tribunas parlamentarias y periodísticas en torno a la

licitud de las guerras en abstracto, necesidad de los ejércitos nacionales, aislamiento y formación de sus bases y cuadros y otros temas de igual naturaleza. Como acaba de recordarse, el de más amplio eco por su incidencia y repercusión en las masas populares colocadas ahora en el proscenio de la política a tono con la devolución de su protagonismo exclusivo en la titularidad y residencia de la soberanía, giró entorno a la supresión del odiado sistema de quintas y la implantación efectiva de la universalidad y obligatoriedad del servicio de las armas para los jóvenes en edad militar. En algunas de las tesis y argumentos esgrimidos por las plumas y voces más avanzadas se escuchan efectivamente, los ecos de discusiones y soflamas de las Cortes de Cádiz a la hora de dar estado parlamentario –con pie no demasiado acertado, debe reconocerse– a la «cuestión militar», erigida ya durante más de un siglo en *ritornello* e idea-fuerza de la vida política española, según es bien sabido. Algo pero no demasiado y, sobre todo, no bien seleccionado se habla de ello en el libro de Fernández Vargas; simple panorámica, ciertamente, cuyos propósitos están, en síntesis bien cumplidos, pese a que a más de uno de sus lectores le hubiera agradado la profundización en algunas de sus

claves interpretativas y etapas de mayor relevancia.

Una de las figuras de proa en el proceder de la historia española contemporáneamente fue, incuestionable, el patricio iconés D. Gumersindo Azcárate (1840-1917), «claro varón» de un periodo —el finisecular decimonónico— en el que, no obstante las aceradas críticas que recibiera ulteriormente —*Oh saisons, oh chateaux! / quel âme est sans défaut?*», escribió Rimbaud—, no faltaron un buen número de los políticos y hombres públicos de limpia prosapia en conducta y pensamiento. Para los mejores de la generación de 1914 —en especial, Ortega— D. Gumersindo encargó, por múltiples motivos, en su expresión más ejemplar a los integrantes de la de 1868. Todo el clan de idealidad y progreso que anidó en el espíritu de la «Gloriosa» halló en la laboriosa y honesta actividad de la catedrático madrileño —pieza esencial, como resulta asaz conocido, de la Institución Libre de Enseñanza— un motor y un espejo insuperables: «Cuando entraba y salía, entraba y salía en nuestras almas un vago rumor de ideales entusiasmos, una cálida ráfaga de esencial patriotismo y transcendente humanidad (...) último ejemplar de una casta de hombres que creía en las cosas superiores y para los cuales toda hora llegaba

con un deber y un escrúpulo en la forja». (Necrología del mismo Ortega y Gasset). No hubo, en verdad, ninguna causa de entidad cívica en la que el hidalgo iconés no figurase en primera fila, a pesar de su querencia por la vida *umbratilis*, como el intelectual de raza que fuese y el paradigma del estoicismo al que procuró servir. Su vida y su obra bien merecían una biografía de gran *atrezzo* como la que la ha sido consagrada por, en libro reseñado aparte por un sobresaliente especialista en algunas de las ramas científica y sociales predilectas de Azcárate.

Acerca del humus doctrinal que alimentara de combustible el ingente trabajo intelectual del autor del libro *Régimen parlamentario en la práctica* y del sustancioso opúsculo *El self government y la Monarquía doctrinaria*, así como la actividad que desplecase las varias legislaturas en que figuró como diputado, ofrece una completa descripción la encomiable antología de textos llevada a cabo por dos jóvenes investigadores, G. de la Fuente Monge, A. Serrano García *La revolución gloriosa. Un ensayo de regeneración nacional (1868-1874)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, (414 pp., de la 9 a la 41 discurre la enjundiosa y bien sistematizada introducción)—, en la que casi nada echa en falta, a no ser, quizá, un